

admiración y mi cariño los acompañan por ese camino nevado que van recorriendo con muchísimo trabajo.

Y todavía estos son privilegiados, que pueden por lo menos socorrerse unos a otros, y a los cuales manos cuidadosas aguardan, en un refugio subterráneo casi seguro, para curarlos. Pero muy cerca de aquí, en Verdún, hay millares que caen a montones, ahogándose unos a otros, desplomándose los moribundos sobre los cadáveres, sin auxilio posible, en los inmensos mataderos tan sabia como detenidamente preparados por el kaiser, en honor de la juvenil nulidad feroz que tiene por hijo.

XXIV

EN SOISSONS

Septiembre de 1915.

Esta es una de nuestras grandes ciudades mártires del Norte en la que no se puede entrar sino por senderos apartados y cubiertos, y empleando precauciones de piel roja en mitad del bosque, porque los Bárbaros están ocultos por doquier, así en la tierra como en la colina inmediata, y, con sus perversos anteojos, vigilan los caminos para regar con metralla a los que se atrevan a aventurarse por ellos.

Una adorable tarde de Septiembre, me han guiado, hasta esta ciudad, oficiales habituados a sus peligrosos rodeos; marchando en ziszás por las hondonadas, y recorriendo jardines abandonados, entre las últimas rosas y los árboles llenos

de frutos, hemos llegado sin dificultad a los arrabales, y muy pronto a las calles de la ciudad, donde la hierba de las ruinas ha principiado a brotar, al cabo de un año del cese de la vida de a población. De trecho en trecho, muy distantes unos de otros, vense algunos grupos de soldados; y nada más, silencio de muerte reina bajo el maravilloso cielo del agonizante estío.

Antes de la invasión, era esta una de las ciudades algo olvidadas en el fondo de nuestras provincias francesas, con modestas casonas solariegas blasonadas que se erguían en plazoletas sombreadas por olmos. ¡Cuán tranquilamente se viviría en esta atmósfera, rindiendo culto a costumbres algo anticuadas! ¡Cuán nobles sus mansiones hereditarias, que eran sin duda amadas con respeto, y en las cuales se ensaña a diario la barbarie imbecil, con afanes de destrucción! Muchas se han derrumbado, desparramando por el suelo sus muebles venerables, y ahora, en la inmovilidad presente, conservan actitudes como de sufrimiento. Esta tarde, que por casualidad es una tarde de calma, cañonazos algo lejanos

vienen sin embargo a *subrayar*, valga la palabra, la monotonía fúnebre de las horas; pero esta música intermitente resulta de tal modo habitual aquí, que se la oye sin prestarle atención; en vez de turbar el silencio, parece como que lo hace más profundo al mismo tiempo que más trágico.

Acá y allá, en los muros que han permanecido intactos, cartelitos impresos en papel blanco ostentan este letrero: « Casa habitada aún. » A continuación, escritos a mano, figuran los nombres de esos tenaces habitantes. Y esto ofrece, sin que se sepa por qué, una nota algo pueril. ¿Aspiran tales advertencias a alejar a los merodeadores o a advertir a los proyectiles de artillería? Pero ¿dónde he visto yo, antes de ahora, y en una desolación semejante a ésta, cartelitos del mismo género? ¡Ah! Fué en Pekin, durante la ocupación de la ciudad por las tropas europeas, y en el infeliz sector encomendado a Alemania, en el sector en que los soldados del Kaiser dieron rienda suelta a sus peores instintos. — Allí, por comparación con los soldados de las demás naciones aliadas, que ocupaban los barrios inme-

diatos sin causar daño a nadie, podía juzgarse a esos brutos. No solamente ellos, los alemanes, eran los torturadores, y las pobres criaturas, sometidas a su crueldad tosca, intentaban preservarse pegando en las puertas de sus casas inscripciones ingenuas, como por ejemplo : « Aquí, somos chinos protegidos franceses, » o bien : « Aquí, todos somos chinos cristianos. » Pero de nada servían los avisos. Además, el emperador — él, siempre ese cuyos tentáculos hinchados de sangre hay la seguridad de encontrar en el fondo de cuantas heridas se abran en cualquier país de la tierra; él, el gran organizador de las matanzas universales, señor de la doblez, príncipe de los mataderos y de los osarios, — él, les había dicho a sus tropas : « ¡ Id, y portaos como los Hunos ! ¡ Que China, durante un siglo, sienta aún el terror de vuestro paso ! » Y todos le obedecieron ampliamente.

Pero aquellas casas de Pekín, saqueadas por su orden, derramaron en las desgastadas baldosas de las calles, montones de reliquias muy raras para nosotros y procedentes de remotas fe-

chas : idolillos chinescos, fragmentos de altares erigidos a la memoria de los antepasados, y tablitas de laca en las cuales se inscribían, formando columnas, largas genealogías manchúes, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos.

Mientras que aquí, los humildes objetos que, en mi paseo vespertino por esta ciudad, miro yaciendo entre los escombros, nos son más familiares y su vista nos angustia más el corazón : una cuna pequeña; un modesto piano de forma anticuada, caído con las patas al aire desde un piso alto, y que evoca aún ideas de sonatas antiguas y de veladas en la intimidad de la familia. Y recuerdo en un arroyo, entre inmundicias, la fotografía, piadosamente « ampliada » y puesta en un marco, de una venerable y bondadosa abuelita peinada con tirabuzones. Seguramente hace muchos años que la abuelita duerme en el fondo de la tumba, sin que de ella existiese otro reflejo terrenal que ese retrato hoy profanadísimo...

El ruido del cañón se aproxima a medida que avanzamos por estas calles agonizantes, en las

cuales un verano entero de abandono ha dado tiempo para que germinen tantas gramíneas y tantas florecillas silvestres.

En medio de la ciudad álzase una catedral, en cierto modo hermana mayor de la de Reims, y muy célebre en nuestra historia de Francia. Los alemanes, huelga decirlo, se han regocijado mucho tomándola como blanco de sus disparos, siempre bajo el mismo pretexto, estúpidamente trapacero, de que en lo alto de las torres hay instalados puestos de observación. Un sacerdote, con la sotana ribeteada de rojo, y que nunca ha huído ante las bombas, abre la puerta de la Basílica y nos acompaña.

Y es extraordinaria la sorpresa que se experimenta al entrar, y al encontrarla enteramente blanca, pero con la blancura fuerte de obra recentísima. A pesar de las brechas que los Bárbaros le han abierto de arriba abajo, no produce a primera vista la impresión de una ruina, sino la de un edificio en construcción y en el cual se continúa trabajando. Es, según se sabe, una maravilla de audacia y de esbeltez, una obra

maestra de nuestro arte gótico en lo más puro de su primer florecimiento.

El Prelado nos explica la causa de esta asombrosa blancura. Antes de la llegada de los Bárbaros, se estaba casi terminando la penosisima faena de picar una a una cada piedra, con objeto de afirmar mejor todas las juntas aplicando cemento; así se desvaneció en polvo la capa gris que el incienso, quemado durante tantos siglos, le había prestado. Tal vez sea algo sacrílega esa raspadura, pero, a mi juicio, permite admirar mejor la obra arquitectónica; efectivamente, bajo el uniforme matiz ceniciento, que estamos acostumbrados a ver en nuestras vetustas iglesias, los pilares esbeltos y la fina nervadura de las bóvedas parecen, valga la expresión, de una sola pieza y se creería que han brotado allí sin costar esfuerzo alguno; aquí, por el contrario, estos millares y millares de piedras, tan distintas unas de otras, muéstranse, en su engaste renovado, produciendo la sensación incomprensible y casi inquietadora de que se mantienen en suspenso, para formar en tales alturas el techo qu

nos cobija; mucho mejor que en esas iglesias borrosas, de color ceniciento, hemos admirado en ésta la revelación de todo el paciente y milagroso trabajo de los artistas de antaño, que, sin el auxilio de las herramientas ni de los artificios modernos, conseguían dar estabilidad indefinida a cosas tan delicadas y tan aéreas.

En la Basílica, como fuera de ella, reina silencio angustioso, lentamente subrayado por los cañonazos. Y, en el trono episcopal, ha subsistido legible esta divisa, que adquiere, entre tantos trastornos, el valor de un anatema irónico lanzado contra los Bárbaros: *Pax et Justitia*.

Al caminar por este sembrado de escombros, damos en lo posible rodeos respetuosos para no hollar los fragmentos de las preciosas vidrieras; es preferible no oír, bajo el pie, ese crujido de vidrio que se quiebra... Todos los fulgores de la tarde estival, insólitos en un santuario, entran a oleadas por los desgarrones de los muros o por las bellas ventanas ojivales, que han quedado desprovistas de cierres. Y las dobles hileras de columnas se pierden en perspectiva, bañadas por

blancura luminosa, como calles abiertas entre blancos y gigantescos cañaverales.

Al salir de la Catedral, en una de las desiertas rúas, topamos con un muro cubierto de carteles impresos, que los proyectiles han tenido cuidado especialísimo en destrozar, — carteles pegados muy cerca unos de otros, unidos por sus márgenes, como codiciosos de espacio, con aspecto de querer taparse y devorarse mutuamente. A pesar de la metralla, que los ha acribillado muchísimo, se leen aún fragmentos, que eran de seguro los esenciales, puesto que fueron impresos en caracteres de tamaño mayor, para que saltasen mejor a la vista. « ¡Traición! ¡Farsa desvergonzada! dice uno de los carteles. — « ¡Calumnia infame! », ¡Mentira innoble! », contesta el otro, en letras enormes y retorcidas... ¡Dios mío! ¿Qué será esto?...

— ¡Ah! sí; restos de la miseria de nuestras últimas luchas electorales, restos que han permanecido ahí enclavados, como en una picota, y que todavía resultan legibles, no obstante las lluvias de dos veranos y las nieves de un invierno.

¡Es asombrosa la persistencia de las necesidades impresas y pegadas en carteles en las paredes exteriores de los edificios! Generalmente se pasa sin conceder una mirada a estas cosas, que, en nuestros días, no merecen ni una sonrisa ni un encogimiento de hombros. Pero en este muro, donde la ironía de los proyectiles de cañón les ha hecho justicia, abriéndoles miles de agujeros, adquieren de repente un inexplicable pero irresistible carácter cómico; les somos deudores de un momento de sosiego y de risa franca, — y es la única vez sin duda, en el transcurso de su lamentable y corta existencia, que habrán servido siquiera para algo.

¿Pero quién se acuerda hoy de esas mezquindades de antaño? Los primeros en reirse de ellas serían los mismos que las escribieron y que tal vez, en la actualidad, se baten fraternalmente unidos contra el enemigo común. No digo que más adelante, cuando los Bárbaros se hayan ido en definitiva, nuestros *sectarismos* no intenten por desgracia levantar la cabeza acá y acullá; aunque así sea, siempre habrán recibido, en la gran gue-

rra, el golpe que no permite rehacerse más. No importará lo que nos reserve lo porvenir; nada podrá quitarnos el que hayan existido en Francia, de un extremo a otro de nuestra línea de batalla y durante muchos meses, estas redes entrelazadas de reducidos subterráneos a las cuales llamamos trincheras. Y estas trincheras que, a primera vista, sólo parecerían horribles cobijos para la miseria sórdida y para el sufrimiento, habrán sido, por el contrario, el más grandioso de los templos, al cual todos hemos acudido y acudiremos todos a purificarnos, y, por decirlo así, a comulgar juntos en la misma santa mesa...

Nuestras trincheras comienzan aquí muy cerca, desgraciadamente demasiado cerca de la ciudad mártir, y están en medio del mallo; — nos dirigimos hacia ellas, contemplando el desastre de estas calles por las cuales nadie pasa ya.

Se sabe que casi todas nuestras ciudades provincianas tienen su mallo, que es un paseo sombreado por árboles con frecuencia centenarios; el de aquí estaba considerado como uno de los

más famosos de Francia; pero ahora resultaría imprudente lanzarse a pasear por él, porque la muerte acecha sin descanso, y nosotros no podremos atravesarlo sino clandestinamente, utilizando los subterráneos tortuosos, cavados con mucha prisa, y a los que — como antes se ha dicho — se da el nombre de ramales.

Primero, por una tronera abierta en la robusta muralla, nos muestran al mallo en conjunto. Su tristeza resulta acaso más punzante aún que la de las calles, porque este sitio representa el lugar elegido donde antaño se congregaban los honrados vecinos de esta ciudad, para descansar y para el disfrute de grato esparcimiento. Entre sus filas de olmos, dilátase el paseo hasta perderse de vista; huelga consignar que está desierto : desierto y silencioso; una hierba fúnebre se ha encargado de alfombrar de verde sus prolongadas avenidas, como si se encontrase sumido en la paz de un completo abandono, y a esta hora deliciosa de la tarde, el sol poniente traza, hasta en la lejanía, una serie de rayas de oro, entre las sombras alargadas de los árboles. —

Creyérase desierto, sí, el mallo de la ciudad mártir, porque en este instante nada se mueve en él, ni se escucha murmullo alguno; pero aparece surcado aquí y allá por regueros de tierra, semejantes, aun cuando en mayores proporciones, a los que las ratas o los topos hacen en las praderas; ahora bien, adivinamos lo que esto significa, porque conocemos perfectamente los disimulados pasillos de la guerra moderna... Esos siniestros montoncitos de tierra excavada, nos revelan en el acto que, a pesar de su sombrío silencio, este paraje se encuentra terriblemente habitado bajo la verde alfombra de hierba, que hay ojos avizores vigilando por doquier, que existen cañones disimulados y prontos para funcionar, y que bastaría una señal casi imperceptible para que del suelo brotase una vida furiosa : fuego, sangre, gritos, todo el estruendo de la muerte...

Ahora, por una bajada angosta y oculta, penetramos en los tortuosos senderos que van a conducir muy cerca de los Bárbaros, tan inmediatamente cerca que casi los oiremos respirar. Re-

sulta penosa e interminable la marcha por estos ramales; se siente en ellos calor y frío; se experimenta de modo constante la impresión de que oprimen demasiado y de que la tierra de las paredes está rozándonos los hombros; y, además, a cada diez o doce pasos surgen recodos, intencionadamente dispuestos con brusquedad, que obligan al viajero a dar vueltas y vueltas; se tiene conciencia de andar diez veces el camino y de no avanzar sino a duras penas. ¡Qué fuerte es la tentación de escalar los opresores taludes para salir por completo al aire libre, o al menos de asomar siquiera la cabeza, para saber por dónde se va!... Ceder a la tentación sería exponerse a la muerte... Y en realidad ocasiona cierta angustia sentirse aprisionado en este laberinto, y saber que, para contar con la seguridad de salir vivo, será necesario, sin remedio, pasar de nuevo por la serie indefinida de estos recodos, que nos encierran y nos retrasan...

La cálida opresión de estos pasillos se aumenta efectivamente al topar en ellos con muchas personas; con hombres, envueltos en hopalandas de

color azul pálido, que se pegan a las paredes y a los cuales se roza al pasar; en determinados sitios, el camino está poblado como las galerías de un hormiguero; si por cualquier circunstancia fuese necesario huir apresuradamente ¡qué confusión y cuántos atropellos se producirían! Pero como nuestros soldados muestran rostros tan risueños y tan animosos, la idea de que puedan emprender la fuga, sea ante quien sea, ni siquiera acude a nuestra imaginación.

Como se acerca la hora de la comida de la tarde, comienzan a instalar mesitas acá y allá, en los rincones más seguros, en los refugios abovedados. Ya se supondrá que necesitan comer temprano, para ver con claridad; naturalmente, no se encenderán lámparas; tan pronto como cierre la noche, esto quedará oscuro como boca de lobo, y, salvo una alarma o un ataque con luces repentinas y fulgurantes, se vivirá aquí a tientas hasta mañana temprano.

En procesión regocijada llegan los portadores de la sopa; aun cuando la han paseado largo rato por los senderos tortuosos, está ca-

liente y huele bien; los comensales se sientan o casi se sientan. A pesar de ser muy diversos los convidados que rodean a las mesas, todos se entienden perfectamente. Hoy no tengo tiempo para entretenerme, pero recuerdo haberme detenido largo rato a charlar, no hace mucho, en las trincheras del Argona, al final de una comida. Había allí, en contacto y en inmediata relación, un ex antimilitarista furibundo, convertido en un sargento, capaz de sentir los ojos nublados por las lágrimas cuando veía pasar una de nuestras banderas agujereada por las balas; junto a él, un ex « apache », cuyas mejillas, palidecidas en los tabucos nocturnos, habíanse vuelto a dorar al aire libre, y que parecía entonces un buen muchacho; y, en fin, el más alegre de todos, un soldado que tendría hasta treinta años, de aspecto arrogante, y que, falto de tiempo para afeitarse la lengua barba, cuidaba con esmero de mantener la tonsura abierta en la parte superior de la cabeza. Y el camarada que, de dos en dos días, se aplicaba amablemente a rasurarlo, para que conservase esa indicación reveladora, era un ex anti-

clerical acérrimo, que ejercía el oficio de plomero en Belleville.

Continuamos caminando, siempre sin ver nada, conducidos a ciegas. Pero el término de nuestra excursión debe de estar próximo, porque nos advierten : « De aquí en adelante, marchen sin ruido y hablen bajo. » Un poco más lejos nos dicen : « Ahora no hay que hablar ya ni una palabra. » A uno de nosotros se le ocurre levantar demasiado la cabeza, y, en el acto, una detonación, produciendo estampido seco; brota muy cerca, y una bala pasa silbando, no da en el blanco, y va a perderse en las malezas arrancando algunas hojas. Después, vuelve a reinar silencio más profundo y también más solemne.

El punto de término de nuestra caminata es un reducto abovedado, mitad de barro, mitad de placas de hierro. En este blindaje hay dos o tres agujeritos, que un mecanismo rápido permite abrir y cerrar velozmente, y ellos son los únicos sitios por los cuales nos será posible mirar durante algunos segundos, con relativa seguridad,

sin que una bala repentina nos entre por los ojos y nos taladre el cráneo.

¿Pero es posible que no hayamos pasado de aquí? ¡Al cabo de tantísimo tiempo de marcha, ni siquiera hemos llegado al extremo del mallo! El paseo continúa prolongando ante nosotros sus calles de olmos, rectas y tranquilas, tapizadas de verde por la hierba; el sol acaba de extinguir las rayas doradas que hasta hace un momento trazaba en el suelo, y el crepúsculo va a invadirlo todo; y ahora, como antes, no se escucha ruido alguno, ni siquiera el pío de los pájaros al recogerse en sus nidos; es la sensación de la inmovilidad y del silencio de la muerte.

En dirección distinta, otros agujeritos, practicados en las placas de hierro, nos muestran en la opuesta orilla (en la orilla izquierda), y en el mismo borde del riachuelo cuya orilla derecha ocupamos, a veinte metros de distancia de nosotros, terraplenes muy recientes, cubiertos de amables enramadas, y que también, cual el mallo, permanecen mudos, pero con idéntico mutismo, profundo en demasía, sospechoso y

atemorizador. Ahora nos dicen al oído : « ¡Ahí están ellos! »

¡Ahí están ellos! ¡Oh! Los habíamos adivinado, porque ya en muchos otros sitios hemos reconocido esa atroz vecindad por su silencio engañoso, que constituye una de las notas características de la guerra ultramoderna. Sí, ahí están; ahí están todavía, bien escondidos al amparo de nuestra tierra francesa, que es lástima que no se desplome para sepultarlos. Hijos de la raza abominable que lleva la mentira en la masa de la sangre, han enseñado a todos los ejércitos del mundo a hacer que mientan hasta las cosas, y hasta los aspectos de las cosas; sus trincheras adoptan aire de inocentes surcos cobijados de verdor; las casas en que se albergan sus Estados mayores, cobran apariencia de ruinas abandonadas. A ellos nunca se les ve; avanzan e invaden a la manera de los « térmitas » u hormigas blancas o de los gusanos roedores. Y luego, en el momento más imprevisto, de día o de noche, precedidos de todas las variedades de cosas internales inventadas por ellos, líquidos que queman,

gases que ciegan o gases que asfixian, brotan del suelo como fieras de una colección zoológica a las cuales les hubieran abierto las puertas de las jaulas. ¡Y qué irrisión! ¡Después de los prodigiosos adelantos de la mecánica y de la química, retroceder a las costumbres de la edad de las cavernas! ¡Después de haberse batido durante más de un año con aparatos diabólicamente perfeccionados para matar a distancia, encontrarse así los combatientes, casi encima unos de otros, por espacio de meses y meses, con los nervios en tensión, con el organismo en acecho, pero todos muy ocultos y sin moverse!...

¡Horror!... ¡Creo, en verdad, que han cuchicheado detrás de los agujeros que tenemos en frente! Como nosotros, hablan en voz baja, pero, no obstante, se reconocen sus entonaciones alemanas. Nuestros invisibles enemigos están charlando; en el infinito silencio de estos contornos, sus sofocados cuchicheos llegan como si saliesen de lo profundo, de las entrañas de la tierra. En seguida, una interjección breve, de algún jefe sin duda, los llama al orden, y bruscamente se

callan. Pero los hemos oído, los hemos oído muy de cerca, y esta especie de murmullo de animales nos ha sonado de modo más lúgubre que cualquier estruendo de batalla.

Y no es que sus voces tengan acentos de crueldad; no, al contrario, son casi armoniosas, hasta el punto de que, si no se supiera quien hablaba, si no se sintiese el cuerpo sacudido por un estremecimiento de indignación, se habría experimentado la tentación de decirles: «Vamos, cese este juego mortal. ¿No somos hermanos? Salid, pues, de vuestros agujeros, y démonos la mano.»

Pero se sabe muy bien que si sus voces son humanas, y acaso también sus rostros, sus almas no lo son; les faltan los sentimientos esenciales, el de la lealtad, el del honor, el del remordimiento, y, sobre todo, el más noble y tal vez al propio tiempo el más elemental, el que hasta en ocasiones poseen los animales: el sentimiento de la compasión.

Recuerdo una frase de Victor Hugo, que antaño me pareció exagerada y oscura; decía así: «la *noche* que una fiera tiene por alma.» Esta

imagen me la hacen comprender hoy las almas alemanas. ¿Qué otra cosa, sino una noche pesada y sin el menor rayo de luz, puede ser el alma de su siniestro emperador, y el alma de su príncipe heredero, cuya cara de garduña asoma bajo un encasquetado y excesivamente grande gorro de pelo de animal negro, adornado con una calavera?

Durante toda su vida, no haber tenido otros cuidados que los de hacer construir máquinas para matar, los de inventar explosivos y venenos para matar, y los de adiestrar soldados para matar; haber organizado, para satisfacción de un monstruoso orgullo personal, toda la barbarie que dormitaba en el fondo del alma alemana; haber organizado — repito la palabra, porque si no es bastante francesa, por desgracia es esencialmente alemana, — organizado así su ferocidad nativa, organizado su grotesca manía de grandezas, organizado su sumisión ovejuna y su crédula necedad... y, después, no morir de espanto ante su propia obra, ¡resulta inconcebible!... ¿Y se atreven a continuar viviendo esos seres

tenebrosos? En presencia de tantas lágrimas, de tantas torturas y de tantos inmensos osarios, ¿pueden esos seres comer y dormir tranquilamente, recibir homenajes, y hasta, sin duda, prestarse a servir de modelos para que los escultores los perpetúen en mármoles y bronces... cuando, para ellos, sería preciso idear refinamientos sobre los de los antiguos suplicios de China?... ¡Oh! Lo que digo, no responde al deseo de atizar inútilmente el odio universal; no, pero considero mi deber el emplear todas mis energías para que se retrase el peligroso olvido que recaerá sobre sus crímenes. Tengo muchísimo miedo de nuestra ligereza nacional, de nuestra bondad y de nuestra confianza. Somos muy capaces de dejar que, poco a poco, los tentáculos del gran pulpo envuelvan de nuevo nuestro cuerpo. ¡Quién sabe si en breve plazo no retornará a pulular entre nosotros la innumerable plaga de espías, de cautelosos parásitos y de zapadores clandestinos que, hasta bajo los entarimados de nuestras casas, construyen plataformas de cemento para los cañones alemanes! ¡Oh, nunca

olvidemos que esta raza de rapiña es incorregiblemente embustera, rapaz y matadora, que no hay posibilidad de mantener con ella tratados de paz, y que hasta tanto que no se la aniquile, hasta tanto que no se la haya cortado la cabeza — la espantosa cabeza de Gorgona del imperalismo prusiano, — volverá a los andadas!

Cuando encontremos en nuestras calles a los jóvenes mutilados, que caminan lentamente formando grupos, apoyándose unos en otros, o a los ciegos jóvenes, conducidos de la mano, y a todas las mujeres que marchan como aniquiladas bajo velos de luto, digamos: « ¡Esta es la obra de ellos, y el que, en la sombra, nos ha preparado detenidamente todo esto, es su Kaiser, — el cual, si no se le aplasta, estará pensando mañana en repetir la tarea! »

En las cercanías de las estaciones donde embarcan las tropas para la línea de combate, cuando veamos a una mujer joven, conteniendo las lágrimas en sus ojos llenos de angustia y de resolución, que, con un pequeñuelo en brazos, acude a despedir a un soldado vestido con el uniforme de

las trincheras, digamos: « ¡A éste, cuyo regreso será tan deseado, lo aguarda mañana sin duda la metralla del Kaiser, para lanzarlo, anónimamente entre millares de anónimos, a esos cementerios tan del gusto de Alemania, a esos cementerios que ya sueña con volver a llenar el día de mañana! »

Y, sobre todo, cuando veamos pasar, con sus uniformes azules completamente nuevos, a nuestras « juveniles clases », a nuestros hijos bien amados, que emprenden la marcha valerosos, con alegría y orgullo en sus ojos de niños, y con ramitos de rosas en las bocas de los fusiles... ¡oh, meditemos nuestras santas venganzas, contra los que allá los acechan, — y contra el gran Maldito, que *tiene la noche por alma!*...

Desde el reducto abovedado en que nos hallamos en este momento y en el cual necesitamos, para mirar al exterior, abrir las anteojeas de acero, continúa divisándose el mallo con su verde hierba, el mallo muy tranquilo bajo la luz atenuada del anochecer; ya no se oye a los Bárbaros, ya no hablan, ni se mueven, ni resuellan, y

en el ánimo subsiste únicamente la tristeza inquieta, casi me atrevería a decir la tristeza desalentada de sentirlos tan cerca.

Pero, para recobrar esperanza y confianza gozosa, basta desandar el camino recorriendo estos ramales, donde la comida está terminando a la postrera claridad del hermoso crepúsculo vespertino. Aquí, desde que se está lo bastante lejos de *ellos* para que nuestros soldados puedan libremente charlar y libremente reír, se experimenta en el acto la sensación de recibir un baño de alegría sana y consoladora, de seguridad absoluta. Y este es el verdadero depósito de nuestra irresistible fuerza; y aquí se templan y se vuelven a templar todos los resortes maravillosos para nuestros impulsos y para nuestra victoria final. Lo que sorprende ante todo, en derredor de estas mesas, es la armonía de buena ley y la especie de familiaridad afectuosa que existe entre los jefes y los subordinados. Desde hace mucho tiempo, hemos adoptado esa práctica en la Marina, donde los largos destierros y los peligros compartidos en el limitado espacio de los buques,

nos aproximan forzosamente a unos y a otros. No creo que mis camaradas del ejército de tierra tomen a mal que les diga que esa familiaridad, muy compatible con la disciplina, es algo más nueva entre ellos que entre nosotros. Considero que uno de los beneficios que les reservaba la guerra de trincheras, era el de obligarles a vivir así más en contacto con sus soldados, y a hacerse querer más aún por ellos. Ahora conocen a casi todos los subordinados suyos que llevan galones de lana, los llaman por sus nombres y hablan amistosamente con ellos. Y luego, cuando llegan las horas solemnes del asalto, cuando en vez de empujarlos por la espalda a latigazos, como ocurrirá entre los salvajes que tenemos en frente, se colocan a la cabeza, los primeros, según costumbre nuestra, no necesitan verse para ver si todos les siguen. Y, además, están muy seguros de que, si ellos caen, sus humildes compañeros no dejarán de acudir, arrostrando cuantos riesgos sean precisos, para defenderlos y para prestarles cariñoso auxilio. Ahora bien, a esta guerra sobrehumana, y, especialmente a la vida en común en

las trincheras, somos deudores de esta unión que nos engrandece, deudores de estas recíprocas y sublimes abnegaciones, ante las cuales se siente la tentación de doblar la rodilla. ¿Y no debemos también, a la vida en las trincheras y a las íntimas y largas conversaciones entre oficiales y soldados, no debemos también el que algunos resplandores de belleza hayan penetrado en todos los entendimientos, aun en los menos despejados y en los más rudos? Ahora, hasta los últimos de nuestros soldados saben que nuestra Francia nunca fué tan admirable como hoy, y que su gloria recae sobre ellos; saben que una raza en la que de tal modo se despiertan los corazones, es imperecedera; y saben que los países neutrales, incluso los que parece que tienen escamas muy gruesas cubriéndoles los ojos, acabarán algún día por ver claro y por otorgarnos el hermoso nombre de libertadores.

¡ Oh, bendigamos a nuestras trincheras, donde se mezclan y confunden todas las clases sociales de Francia, donde se han anudado amistades que ayer se hubieran juzgado imposibles, y donde los

aristócratas habrán conocido que el alma de un campesino, de un jornalero o de un menestral puede ser tan bella y tan noble como la de un señor elegantísimo, y hasta más interesante aún, por ser más impresionable y transparente y por hallarse menos chapeada.

Trincheras, ramales, laberintos pequeños y oscuros, y reducidos subterráneos abiertos para refugio del sufrimiento y de la abnegación : vosotros habéis sido y sois nuestra mejor y nuestra más pura escuela de socialismo. Pero, por la palabra socialismo, profanada con excesiva frecuencia, entiendo yo, como ya se supondrá, el verdadero, el que es sinónimo de tolerancia y de fraternidad; en fin, aquél que Jesucristo vino a predicarnos, ofreciéndonoslo en esta clara fórmula que, en su sencillez adorable, resume todas las fórmulas : « ¡ Amaos los unos a los otros ! »